

Carlos Morán Obiol - Recordatorio

Carlos Guma

Me parece increíble estar en este momento, volcando en un papel una serie de sentimientos encontrados e ilógicos que intentan despedir a un hombre y un amigo de los quilates de Carlos Morán.

Por supuesto que cumplir este objetivo resultaría una tarea imposible y estéril, porque su ejemplo de vida perdurará en cada uno de los que lo conocimos (que no fuimos pocos), su legado va mucho más allá de lo terrenal y por esto, sin dudas, Dios lo habrá recibido en sus brazos extendidos (al mejor estilo de Carlitos) para cederle un lugar eterno e incondicional donde sólo acuden los privilegiados y bondadosos como él.

Si tuviera que rememorar y atestiguar lo que transmitía y generaba Carlos, lo definiría como quien sorprendía de manera constante. Lo conocí a los 17 años cuando yo cursaba el "Pre-Médico" en la Facultad de Medicina de la Universidad del Salvador (auténticamente "años idos"). El era ayudante de Cátedra y me sorprendía por su porte: peinado estrictamente "a la gomina", postura erguida, sonrisa imborrable y siempre la actitud cordial para dar una respuesta válida a los que estaban desorientados como yo, que me sentía inhibido ante él por lo citado y porque mi estilo deportivo (que no se me despegaba desde los años secundarios) contrastaba con su presencia. Al poco tiempo de cursar las primeras materias, tuve la suerte y el privilegio de ingresar a su grupo de estudio y de amigos férreos. Recuerdo que no éramos más de diez y él siempre sorprendía con sus gestos solidarios, que por un lado eran innatos en él y por otro indicaban que la formación humanística e integral que nos daban los jesuitas a través de materias como Filosofía, Teología, Psicología, etc, se consolidaban en los actos altruistas de su diario vivir.

Las felices horas estudiantiles rápidamente se esfumaron pero quedaron recuerdos imposibles de borrar: las largas horas de estudio compartidas; el infal-

table café con el permanente extrañar de Carlos a sus hermanos, nombrando siempre y sorprendentemente a "Amparito" (su única hermana mujer) y a "Pedrito" (su hermano menor); las apuestas futbolísticas infaltables para cuando se enfrentaban "su" San Lorenzo con "mi" Estudiantes de La Plata; y algún intercambio de viajes, yo yendo a su ciudad (Bahía Blanca) y él visitando mi "pago chico" (Maipú), conociendo a nuestros respectivos padres y demás familiares.



El final de la carrera nos sorprende a ese grupo de alrededor de diez, haciendo el "Intercambio Rotatorio" para finalmente recibirnos hacia avanzada la década del '70. Allí cada uno toma su camino, él como Médico Naval y yo haciendo la Residencia de Gastroenterología en el Hospital A. Posadas. Antes del año me sorprende con una carta, donde me pide información sobre mi Residencia Médica y sobre la especialidad: Gastroenterología Clínica. Yo le respondo entusiasmándolo y le comento que tanto la del Hospital A. Posadas como la del Bonorino Udaondo (las dos Residencias Nacionales que yo conocía), eran excelentes. Al poco tiempo mi hermano y yo tuvimos la suerte de tenerlo conviviendo en nuestra casa, mientras él rendía su examen de Residencia para ingresar al Bonorino y hasta tanto consiguiera vivienda. Eso ocurrió cuando adquirió su recordado departamento de la calle Gallo, el cual, supo agrandarlo para recibir cordial y afectuosamente a todos los que lo visitaran.

Lo que vino a posteriori es una historia conocida y valorada por la Gastroenterología Argentina: excelente residente y compañero en el Hospital Bonorino Udaondo, luego Jefe de la Sección de Páncreas, Jefe de Gastroenterología del Hospital Alemán, Vicepresidente de nuestra Sociedad. Y podríamos seguir con su brillante *curriculum vitae*, pero lo más importante es que a todo lo respaldaba con ética, trabajo, dignidad, hombría de bien y producción intelectual. Fue apuntalado, ya de "Señor", por la

amistad profundamente humana e irreductible que le brindaban sus dos selectos amigos, los Dres Luis Boerr y Juan Carlos Gómez. También es digno de mención el acompañamiento que en todo momento le dio su esposa, la Dra Gabriela Marraco, quien supo seducir con su cariño a un soltero empedernido como Carlos.

Ahora Carlitos, debo ser sincero y en honor a la amistad, a la tristeza y a la conmoción que me produjo tu desaparición física, te voy a hablar en primera persona. Cuando ya la biología de tu cuerpo era inmanejable, me sorprendiste con otra lección de vida, ante mi flaqueza para asumir la realidad y el resistirme para ir a verte en condición de "enfermo". Sin embargo, una imborrable tardecita de otoño acudí a visitarte y sucedió algo que yo quiero compartir con todos, en donde me demostraste tu fe, tu fuerza espiritual, orientándome, sugiriéndome proyectos para la SAGE y hasta me recordaste finos detalles y anécdotas de nuestro camino común en la Facultad, en la Residencia, en la Escuela de Post-grad, etc, etc. Por si algo faltaba, te ofreciste en forma

incondicional para lo que la Sociedad Argentina de Gastroenterología necesitara de vos. Y si los milagros existen, me lo acababas de confirmar: atónito escuchaba tu claridad conceptual cuando esto contrastaba rotundamente con el antecedente reciente de largos días en estado de coma.

Para finalizar transitoriamente este intercambio de vivencias que siempre planteaste, quiero manifestarte dos o tres cuestiones: no me pidas que te despida, dado que los amigos y más si son trascendentes tal cual los "clásicos" de la literatura, siempre están presentes y vigentes. Tampoco que ore por tu alma, porque seguro que estás allá, en el lugar de los elegidos. Pero exactamente a la inversa, que desde tu sitio celestial ores por nosotros a fin de ayudarnos a recorrer escabrosos caminos rodeados de tensiones, competencias estériles y humanas mezquindades, como vos los recorrías con maestría. Para poder algún día ser aspirante al rol que tú cumpliste en este mundo y poder acompañarte aunque sea de lejos, en el merecido lugar que hoy ocupas junto a Dios.

Oración por el Dr Carlos Morán Obiol pronunciada por el Dr Luis A Boerr en la inauguración del Simposio Nacional de "Enfermedades Inflammatorias"

Mar del Plata – Julio 2005

Carlos está en un lugar que él eligió cada día.

Supongo que es un lugar sin competencias, sin angustias, sin gritos ni estridencias.

Carlos está en un lugar con infinitos colores, sin banderas ni himnos, con blancas nubes.

Carlos está en un lugar con eternos soles y con noches estrelladas.

Yo no sé escribir despedidas.

En realidad sólo puedo planear encuentros.

El próximo café lo tomaremos entre nubes, entre nubes blancas.

El próximo café será servido por ángeles, cortado por las blancas nubes y bendecido por las estrellas.

No estará el añoso bar del "Bonorino", escenario por más de veinte años de discusiones médicas, futboleras, políticas y de la vida, con todo lo contable e incontable que pueda un humano imaginar.

No estará nuestro lugar del Alemán, ya en una etapa menos fogosa y más reflexiva de nuestra vida...

Nada de lo terrenal estará. Tendremos, eso sí, dimensiones inconmensurables de paz, de campos de nubes y de colores infinitos.

Quizás ya ni el alma será nuestra, quizá sólo esté el calor de la amistad, que los humanos creemos que es el verano, la humedad de las lágrimas, que los humanos creemos que es la lluvia, y el ruido de los truenos, que los humanos confundimos con la tormenta.

Quizás la verdad de cada uno, la íntima verdad, nunca la conozcamos.

No creo que exista una sola verdad, ni un solo momento, ni un solo lugar en la vida y en la muerte.

Sé y creo firmemente que Carlos está, con su verdad, en el mejor lugar.

Carlos, no me despido, a los hermanos no se los despide, a los hermanos se los extraña.

Hasta el próximo café, ¡hermano!